



## Epílogo

Hace un par de años recibí un regalo que me inspiró escribir estas líneas. Se trataba de cinco sobres de manila. En cada uno de ellos venía una *Burda*, la revista y la hoja de patrones en alemán y un cuaderno a manera de suplemento e instrucciones en español. Desde ese momento quedé fascinada y sabía que tenía que hilar algún día esta historia. Pensé en mapas, en cartografías, en trayectorias, en la sabiduría y técnica de aquellas mujeres que sabían leerla, sacar los moldes e incluso, hacer sus propias creaciones. Se trata de la colección de revistas *Burda Moden* de las décadas de 1970 y 1980 de doña Luz Marina Arroyave. Este regalo me abrió la puerta para escribir sobre su vida y hacerle un pequeño homenaje, a ella, y a tantas mujeres modistas y costureras que con su creatividad y talento hacen posibles y felices muchas de nuestras vidas.



## Referencias

Ramírez, Gladis Lucía; Bonnet, Ana Patricia y Arango, Óscar Mario. (2012). *Moda femenina en Medellín. Aportes de la moda al ideario femenino en Medellín, de 1990 a 1950*. Medellín: Alcaldía de Medellín - Tragaluz Editores.

Triana Moreno, Diana Paola. (2012). *Entre artesanos e hijas del pueblo: costureras y modistas bogotanas 1870-1910*. Monografía de pregrado. Programa de Historia de la Universidad del Rosario.

Redacción. (2005, 19 de abril). "Entre la Negrita ZZ y la bella". *El Tiempo*. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1628524>

Vallejo, Irene. (2021). *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. Madrid: Siruela.

## Eulalia Hernández Ciro

Medellín, 1986. Historiadora y Doctora en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Estudios socioespaciales de la Universidad de Antioquia. Profesora del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia. Coautora del libro *Palabras de amor en fragmentos de papel. De la escritura y los relatos populares en el Archivo Histórico Judicial de Medellín 1900-1950* y, entre otras publicaciones, de las cartillas Patrimonio vivo de Frontino: inventario de las expresiones del patrimonio cultural inmaterial, Memorias e historias desde los barrios de Robledo y Arte, piel de barrio.



# Chalo, librero ambulante

Faber Cuervo

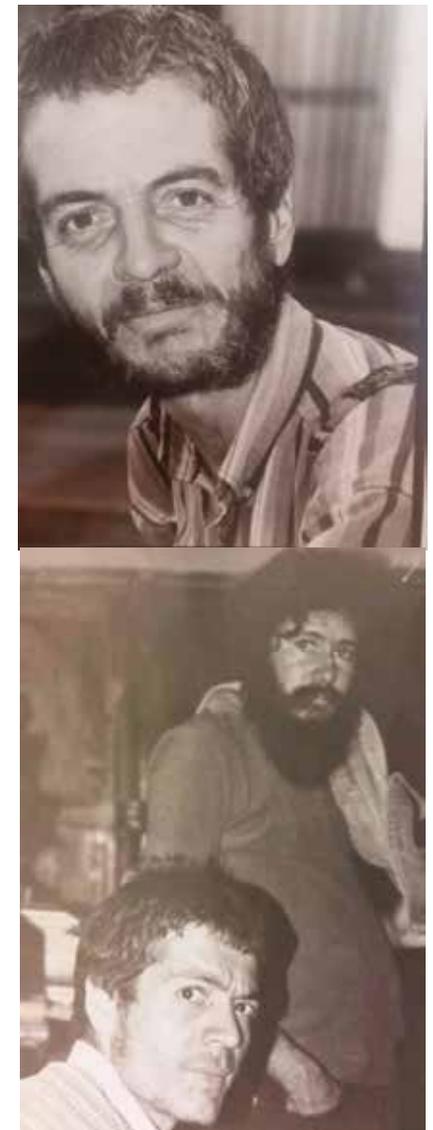


El día que murió Chalo el DIM le ganó por cuarta vez al Nacional en el semestre, pero a Chalo ya no le importaban las acrobacias con el balón. El día que murió Chalo faltaban horas para que fuera aprobada la reforma a la salud en la Cámara de Representantes, pero a Chalo ya no lo beneficiaba, hacía siglos había perdido su salud, o mejor, se la habían arrancado de un tajo en un vuelo fallido a Londres. El día que murió Chalo seguían asesinando niños en Palestina, y eso a él siempre le dolía y esa fue otra de las razones por las que enfermó.

Chalo quiso ser pintor y escritor, pero fue poeta. Poeta callejero vestido con libros y austeridad. Desde niño entendió que el mejor amigo del hombre no es el perro sino el libro, y se rodeó de muchos de ellos. Dormía con ellos, vivía por ellos. Chalo solo amó los libros. Nada más. Y los quiso con el amor que casi nadie da, con desprendimiento y libertad. Así como llegaban a sus manos, así mismo volaban a otras manos. El libro era para servir, para orientar, para que otros engordaran el espíritu.

Poco le faltó a Chalo para ser un cínico, un seguidor de la escuela de Diógenes. Pero él no seguía a nadie. Se seguía a sí mismo, a los múltiples yoes que le hablaban, a esos fantasmas que lo habitaban. Su lámpara eran los libros, la imperturbabilidad que estos contagian, la despreocupación, la discreta repulsividad al artificio, el huir de la banalidad, el hallarse consigo mismo.

Chalo vivía porque los libros se lo pedían. Si no, ya se habría ido a conversar con Goethe y Shakespeare hace mucho tiempo. Y como César Vallejo hubiera querido morir en París un día que ya tenía señalado sin recuerdo; el dolor de vivir le había jugado varios intentos. Por algo amó a Hemingway, a Maiakovsky, a Silva. Quiso vivir en Europa, estudiar pintura allí; aprender las técnicas



Chalo se llamaba Gonzalo de Jesús Correa Montoya. Poeta en la forma de vivir. Librero. Solo amó los libros. Y los quiso con el amor que casi nadie da, con desprendimiento y libertad. Así como llegaban a sus manos, así mismo volaban a otras manos.

de Turner, Constable, Van Goh y los impresionistas. Pero ni siquiera lo dejaron avistar el Támesis. Lo devolvieron. Era un veinteañero y las absurdas convenciones de la civilización lo envejecieron. Chalo hace décadas percibió cómo era el destino de esclavitud en las “democracias” y el que aprende eso ya se convierte en un viejo, y se aferra como consuelo a las bellas letras y las artes.

---

De haber vivido **en la época florida de Débora Arango**, la artista antioqueña lo hubiera pintado porque **ella tenía ojos para ver los deseos truncados** y las explosiones silenciosas dentro del ser.

---

De haber vivido en la época florida de Débora Arango, la artista antioqueña lo hubiera pintado porque ella tenía ojos para ver los deseos truncados y las explosiones silenciosas dentro del ser. Y ese cuadro habría sido el mejor homenaje que Envigado le hubiera podido hacer. Y si Chalo hubiera coincidido con Fernando González, el Brujo de Otraparte lo hubiera amado así como amó a los seres más humildes de la ciudad. Y le hubiera inspirado un libro, así como se lo inspiró Manjarrés, Martina o Madame Tony.

Poeta en la forma de vivir, como andariego que difundía letras. Ave solitaria. Detestó las vanidades, la comodidad, los lujos, la hipocresía, la trivialidad. No buscó halagos, ni premios, ni reconocimientos, ni compensaciones. Le bastaba su camisa desabotonada y sus botas gastadas de recorrer todos los días a Envigado cubierto con libros así como un árbol se cubre con hojas. Si alguien promovió la lectura de manera directa con información concreta fue Chalo; hablaba de los autores como si fueran sus familiares. Su memoria en tiempos de juventud era extraordinaria recitando párrafos de las obras maestras.

Escribo estas líneas sobre Chalo Correa un día después de su partida, con inmensa gratitud porque por intermedio de él me llegaron los escritores de la literatura clásica en las mejores editoriales. Escuché su voz enfebrecida de emoción declamando los más puros poemas de grandes poetas. Y también lo vi alejarse triste, impotente y desvanecido, de las tabernas, en noches de bohemia. Chalo ya está reunido con Baudelaire y Rembrandt.

*Envigado, diciembre 4 de 2023*

## Faber Cuervo

El Cerrito, Valle del Cauca. Investigador y economista. Ha publicado ensayos en el suplemento literario de *El Colombiano*, en las revistas *Lecturas de Economía*, *Estudios Políticos*, *Oikos* y *Debates de la Universidad de Antioquia* y en el periódico *La Piedra* de Envigado. Autor de los libros *¿Cómo nos ve el Reino Animal?* (cuentos, 2001), *La frágil tolerancia de Occidente* (ensayos, 2003), *El Sol nació de la Luna* (ensayos, 2003), *Locos por las Amazonas* (novela, 2005) y *Cometas y peñascos* (poemas, 2007).



# VILLANCICOS COLOMBIANOS EN EL SIGLO XX: *una dulce y amable muestra\**

*Luis Carlos Rodríguez Álvarez*

*Al maestro Juan Francisco Sans, in memoriam*

**E**n nuestro idioma, la palabra “villancico” proviene o se refiere a la “villa” (población o ciudad) y, a su vez, deriva del latín “villanus” (personas de origen humilde que vivían en las villas medievales). Lo que quiere decir que los villancicos son canciones que entonaban los “villanos”: composiciones vocales casi siempre inspiradas en textos de temática rural, canciones populares que trataban todo tipo de temas, no necesariamente vinculadas a la Navidad, y no siempre acompañadas de instrumentos. Se hicieron muy conocidas tanto en España como en Portugal, durante el Medioevo y el Renacimiento, y fueron uno de los ejes de la lírica española popular de aquellos períodos históricos. Como fenómeno cultural heredado de sus tierras de origen, llegaron a América con los conquistadores y colonizadores.

El género villancico, entendido como “canción popular navideña”, ha tenido en Colombia un buen número de cultores, entre compositores e intérpretes, en el ámbito de la música tradicional del siglo XX, con una aceptación general en todos los públicos y una gran difusión en todos los medios. En esta contribución se mencionan algunos de los más destacados compositores colombianos que escribieron villancicos, en ritmos tradicionales o folclóricos colombianos, tanto de la región andina, como de los llanos orientales, las costas caribe y pacífica, con abundantes ejemplos de estas bellas e interesantes piezas.

---

**El villancico es una nostalgia...** Una nostalgia de nuestros años de infancia —y con ella, de nuestras ilusiones, juegos, amores, y muchas inocencias—. Pero también es **la nostalgia de nuestros cantos navideños con aires folclóricos**, muchos de ellos mestizos, casi todos llenos de influjos y tradiciones que provienen de la península ibérica, mezclados con elementos nativos, indígenas o amerindios, y con ingredientes negros afrodescendientes.

---

\* Versión escrita y ampliada de la ponencia presentada por el autor en la Mesa de Trabajo sobre el Villancico en la América Hispana del VI Congreso de la Asociación Regional de la Sociedad Internacional de Musicología para América Latina y el Caribe, ARLAC/IMS, realizado en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Facultad de Música de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el 9 de agosto de 2024. Se trata de la fase inicial de una investigación en curso.